

cio militar , por haber reusado marchar adelante.

Tal era la situacion de los ejércitos cuando llegó á ellos la noticia del trastorno del trono , y el primer cuidado de la asamblea legislativa fué enviar allí, como ya hemos dicho , tres comisionados para llevar sus decretos y hacer prestar el nuevo juramento á las tropas. Luego que llegaron á Sedan los tres comisarios , fueron recibidos por la municipalidad , á quien Lafayette habia dado orden de arrestarlos. Preguntóles el corregidor acerca de las escenas del 10 de agosto , exigió la relacion de todos los sucesos , y declaró , con arreglo á las instrucciones secretas de Lafayette , que evidentemente no estaba ya libre la asamblea legislativa cuando habia pronunciado la suspension del rey ; que sus comisionados no eran mas que los enviados de una tropa facciosa , y que los iba á encerrar en nombre de la constitucion. En efecto se les puso presos , y Lafayette , para poner á cubierto á los egecutores de aquella orden , la tomó bajo su propia responsabilidad. Inmediatamente despues mandó renovar en su egército el juramento de fidelidad á la ley y al rey , y ordenó que se repitiese en todos los cuerpos sugetos á su mando. Contaba para ello con 75 departamentos que habian aderido á su carta del 16 de junio , y se proponia intentar un movimiento contrario al del 10 de agosto. Dillon que estaba en Valenciennes

bajo las órdenes de Lafayette , y tenia un mando superior al de Dumouriez , obedeció á su general en gefe , mandando prestar el juramento de fidelidad á la ley y al rey , y ordenó á Dumouriez que hiciese lo mismo en su campamento de Maulde. Mas este , que juzgaba con mas acierto de lo futuro , y estaba irritado contra los fuldenses , bajo cuyo imperio se encontraba , aprovechó aquella ocasion de resistirlos y de conquistar el favor del nuevo gobierno , reusando el juramento por sí y en nombre de sus tropas.

El dia mismo en que se habia instalado tan tumultuosamente el nuevo tribunal , esto es el dia 17 , se supo por una carta que los comisionados enviados al egército de Lafayette habian sido arrestados por orden suya , y que se desconocia la autoridad legislativa. Esta noticia causó mas irritacion que inquietud y resonaron de nuevo y con mayor fuerza que nunca los gritos contra Lafayette , pidiendo su acusacion y murmurando de la asamblea por que no la habia pronunciado antes. Inmediatamente se espidió un decreto contra el departamento de las Ardenas , y se despacharon nuevos comisionados con las mismas facultades que los precedentes , y con orden de poner en libertad á los tres presos. El dia 19 por la mañana declaró la asamblea á Lafayette traidor á la patria , y lanzó contra él un decreto de acusacion.

Eran muy graves las circunstancias y si no se vencía aquella resistencia, abortaba sin remedio la nueva revolucion, porque encontrándose dividida la Francia entre los republicanos del interior y los constitucionales del ejército, se encontraba discorde en presencia del enemigo, igualmente espuesta á la invasion que á una reaccion terrible. Lafayette no podia menos de detestar en la revolucion del 10 de agosto la abolicion de la constitucion de 91, en cumplimiento de todas las profecías aristocráticas, y la justificacion de todos los cargos que la corte habia hecho á la libertad. Solo podia ver en aquel triunfo de la democracia una sangrienta anarquía y una confusion interminable. Para nosotros aquella confusion tuvo su término, y á lo menos quedó defendido el suelo patrio contra los extranjeros; pero para Lafayette el porvenir era espantoso y desconocido, la defensa del pais poco practicable en medio de las convulsiones políticas, y no podia menos de desear hacer resistencia á aquel caos, armándose contra los dos enemigos exteriores é interiores. Pero era tan delicada su situacion, que acaso ningun hombre era capaz de sobrepnerse á ella. Su ejército le amaba mucho, pero los ejércitos no tienen voluntad personal ni pueden tener otra mas que la que les comunica la autoridad superior, y cuando estalla una revolucion con la violencia de la de 89, ar-

rastrados ciegamente por ella, faltan á la antigua autoridad porque el nuevo impulso es mas fuerte. Pero no era este el caso en que se hallaba. Proscrito Lafayette por un decreto, no podia con su sola popularidad militar sublevar sus tropas contra la autoridad del interior, ni combatir el impulso revolucionario de Paris con su influjo personal. Situado entre dos enemigos y sin estar seguro de cuales eran sus deberes, no podia mas que dudar; mientras que la asamblea por el contrario, sin tener motivo de duda, espedia decretos sobre decretos, y como los apoyaba con comisionados enérgicos, debia vencer la perplegidad del general y decidir al ejército. Efectivamente las tropas de Lafayette se desbandaron sucesivamente y dieron muestras de abandonarle; las autoridades civiles intimidadas, cedieron á los nuevos comisionados, y el ejemplo de Dumouriez, que se declaró por la revolucion del 10 de agosto, acabó de arrastrarlo todo, quedándose solo el general con su estado mayor, compuesto de oficiales fuldenses ó constitucionales.

Tampoco pudieron obrar de otra manera en diferentes épocas Bouillé, cuya energia no era dudosa, y Dumouriez, cuyos grandes talentos no pueden contestarse, y ambos se vieron precisados á ponerse en fuga. No debia ser Lafayette mas afortunado que ellos, y asi escribiendo á las diferen-

tes autoridades civiles que le habian ayudado en la resistencia, tomó sobre sí la responsabilidad de las órdenes dadas contra los comisarios de la asamblea, y salió de su campo el día 20 de agosto con algunos oficiales amigos suyos y compañeros de armas y de opinion. Fueron acompañándole Bureau de Puzy, Latour-Mauburg y Lameth, sin llevar consigo mas que una paga y seguidos de algunos criados. Lafayette lo dejó todo en orden en su ejército, y tuvo cuidado de tomar las disposiciones necesarias para resistir al enemigo en caso de ataque. Despidió algunos soldados que le escoltaban, para no despojar á la Francia ni siquiera de uno de sus defensores, y el 21 tomó con sus amigos el camino de los Países-Bajos. Habiendo llegado á las avanzadas austriacas despues de una marcha en que estaban rendidos sus caballos, fueron arrestados aquellos primeros emigrados de la libertad contra el derecho de gentes y tratados como prisioneros de guerra. Extraordinario fué el gozo que causó el oír resonar el nombre de Lafayette en el campo de los aliados, y tenerle por cautivo de la liga aristocrática. Eso de mortificar á los primeros amigos de la revolucion, poder imputar á esta misma la persecucion de sus primeros autores, y ver que se verificaban todos los excesos que se habian predicho, era mas que suficiente para esparcir una

satisfaccion universal en la aristocracia europea.

Reclamó Lafayette para sí y sus amigos la libertad que le era debida, pero en vano; porque se la ofrecian á precio de una retractacion, no de todas sus opiniones, sino de una sola, que era la relativa á la abolicion de la nobleza. No solo lo reusó, sino que llegó á amenazar de que haria desmentir por un escribano público si se empeñaban en interpretar falsamente sus palabras, y así aceptó la prision por premio de su constancia, no cesando de mirar la libertad como el mas precioso de todos los bienes, á pesar de que la creia perdida en Europa y en Francia. Profesó tambien este principio delante de los opresores que le tenian en los calabozos y en presencia de sus antiguos amigos que se habian quedado en Francia. « Amad, les escribia á estos últimos, amad siempre la libertad, á pesar de sus tormentas y ser-
« vid á vuestro pais. » Que se compare esta desercion con la de Bouillé, que salió de su pais para volver á entrar en él con los soberanos enemigos; ó con la de Dumouriez riñendo, no por conviccion sino por cólera con la convencion á quien habia servido, y se hará la debida justicia al hombre que no abandona la Francia sino cuando vé proscrita la verdad en que él tenia fé y que no la maldice ni reniega de ella en los ejércitos enemigos, sino que la profesa y sostiene aun dentro de los calabozos.

Mas no por eso se crea que motejamos á Dumouriez, cuyos servicios no tardaron en aparecer con la importancia que merecen, mucho mas cuando aquel hombre tan hábil como flexible habia adivinado perfectamente el poder que nacia, y así despues de haberse hecho casi independiente por su resistencia á obedecer á Luckner que le mandaba abandonar el campamento de Maulde, despues de haber reusado el juramento mandado por Dillon, recibió la recompensa de su celo obteniendo el mando en gefe de los egércitos del norte y centro. El bravo é impetuoso pero obcecado Dillon fué por de pronto destituido por haber obedecido á Lafayette, pero reintegrado despues en su mando á recomendacion de Dumouriez, que proponiéndose llegar á su objeto perjudicando á los menos hombres que pudiera, se dió prisa á apoyarle con su crédito con los comisionados de la asamblea. Encontrábase pues Dumouriez de general en gefe de toda la frontera que corre desde Metz á Dunkerque, y Luckner estaba en Metz con su egército antes denominado del Norte. Inspirado á los principios por Lafayette, parecia decidido á resistir al 10 de agosto, pero cediendo luego á su egército y á los comisionados de la asamblea, se conformó con los decretos, y despues de haber deplorado todavia lo que pasaba, obedeció al nuevo impulso que le habian anunciado.

Tanto las ocurrencias del 10 de agosto como lo adelantado de la estacion eran sobrados motivos para que la coalicion se empeñase en emprender la guerra con actividad, y no habian variado en manera alguna las intenciones de las potencias con respecto á la Francia. La Inglaterra y la Holanda, la Dinamarca y la Suiza continuaban prometiendo una estricta neutralidad. Tambien se inclinaba á ella la Suecia, despues de la muerte de Gustavo, pero los principados Italianos estaban muy mal dispuestos hácia nosotros, aunque por fortuna eran muy impotentes. La España no se habia declarado todavia y estaba combatida por contrarias intrigas; de suerte que no quedaban por enemigos declarados mas que la Rusia y las dos principales cortes de Alemania, aunque en verdad la Rusia no habia hecho todavia mas que mostrar su descontento, limitándose á despedir á nuestro embajador. Las únicas que amenazaban nuestras fronteras con sus egércitos eran la Prusia y el Austria, y entre los estados Alemanes no habia mas que los tres electores eclesiásticos, y los Landgraves de las dos Hesses que hubiesen tomado una parte activa en la coalicion: los demas esperaban que los forzasen á ello. En este estado de cosas se veia amenazada la Francia por 138 mil hombres, organizados y disciplinados, sin poder oponerles á lo mas sino 128 mil que estaban diseminados en

una inmensa frontera, sin formar en ningun punto una masa suficiente, privados de sus oficiales, sin confianza alguna ni en sí mismos ni en sus gefes, y habiendo sido hasta entonces batidos en la guerra de posiciones que habian sostenido. El proyecto de la coalicion consistia en invadir osadamente la Francia penetrando por las Ardenas, y marchando sobre Paris por Chalons. Los dos soberanos de Prusia y Austria habian ido en persona á Maguncia, y sesenta mil Prusianos herederos de las tradiciones y gloria de Federico, marchaban en columna cerrada contra nuestro centro, dirigiéndose por Luxemburgo y Longwy. Al mismo tiempo veinte mil Austriacos, mandados por el general Clerfayt ¹⁰, les sostenian por la derecha, ocupando á Stenay, y 16 mil Austriacos bajo las órdenes del príncipe de Hohenlohe-Kirchberg ¹¹, con otros diez mil Hesseses, flanqueaban su izquierda. El duque de Saxonía-Teschen ocupaba los Países Bajos y amenazaba las plazas fuertes. El príncipe de Condé con seis mil emigrados franceses se habia dirigido hácia Philipsbourg, y otros muchos cuerpos de emigrados estaban repartidos en los diferentes ejércitos Austriacos y Prusianos. Como las cortes estrangeras no querian dejar adquirir á los emigrados demasiado influjo reuniéndolos en un solo cuerpo, habian proyectado á los principios refundirlos en los regimientos Austria-

cos, y aunque luego consintieron en dejarlos reunirse en cuerpos separados, fué con condicion de repartirse entre los ejércitos de la coalicion. Aquellos regimientos estaban llenos de oficiales, que se habian resignado á servir de soldados, y formaban una brillante caballeria, mas propia en verdad para desplegar gran valor en los dias de batalla, que para sostener una larga campaña.

Para resistir á una masa semejante de fuerzas estaban dispuestos los ejércitos franceses del modo mas detestable, por que tres generales, que eran Beurnonville ¹², Moreton ¹³ y Duval ¹⁴, reunian 30 mil hombres en tres campos separados, Maulde, Maubeuge y Lille. Estos eran todos los recursos franceses en la frontera del Norte y de los Países Bajos. El ejército de Lafayette, desorganizado con la ausencia de su general, y en la mayor incertidumbre de opiniones, acampaba en Sedan con 23 mil hombres de fuerza, cuyo mando iba á tomar Dumouriez. El de Luckner, compuesto de 20 mil soldados ocupaba á Metz y venia á mandarlos otro general llamado Kellermann ¹⁵. Descontenta la asamblea con Luckner, no por eso habia querido destituirle aunque dió su mando á Kellermann, sino que con el título de generalísimo le mandó organizar el nuevo ejército de reserva, dándole la mision honorífica de aconsejar á los generales. No quedaba mas que Custine ¹⁶ que ocupaba á Lan-

dau con 15 mil hombres, y últimamente Biron que se hallaba en la Alsacia con 30 mil, y por consiguiente muy lejos del principal teatro de la guerra para poder influir en la suerte de la campaña.

Los dos únicos grupos que podian hacer frente al grande ejército de los aliados eran el uno de 23 mil hombres que habia dejado Lafayette y los 20 mil de Kellermann que estaban al rededor de Metz. Si el grande ejército de invasion, proporcionando sus movimientos al objeto hubiera marchado rápidamente sobre Sedan, aprovechando el estado en que se hallaba el ejército de Lafayette, entregado al desorden y sin haber tomado todavía su mando Dumouriez, ó lo que es lo mismo hallándose sin jefe que dirigiera sus movimientos, habria sido fácil apoderarse de este ejército, y abrir el paso de las Ardenas obligando de este modo á los demas generales á replegarse rápidamente para reunirse detras del Marne. Tal vez no habrian tenido tiempo de llegar desde Lille y Metz hasta Chalons y Reims, con lo cual quedaba Paris en descubierto y su nuevo gobierno sin otro apoyo que el absurdo proyecto de su campamento al lado de Paris, ó escaparse del otro lado del Loira.

Pero mientras que la Francia se defendia con el desorden propio de una revolucion, las potencias estrangeras atacaban con aquella incertidumbre y divergencia de opiniones que son inherentes

á toda coalicion. Embriagado el rey de Prusia con la idea de una conquista fácil y engañado por los emigrados que le pintaban la invasion como un simple *paseo militar*, estaba por la opinion mas atrevida; pero no faltaba á su lado el prudente duque de Brunswick para impedir que su presuncion tuviese á lo menos el feliz resultado de la audacia y la rapidez. Este Señor que veia la estacion muy adelantada y el pais muy diversamente dispuesto de lo que decian los emigrados, y juzgaba de muy distinto modo la energía revolucionaria por lo que habia pasado el 10 de agosto, creía que valia mas asegurar una sólida basa de operaciones sobre el Mosella, poniendo sitio á Metz y Thionville, dejando para la próxima estacion renovar las hostilidades con la ventaja de las conquistas precedentes. Aquella lucha entre la precipitacion del soberano, la prudencia del general, y la lentitud de los Austriacos que no le enviaban al príncipe de Hohenlhohe mas que 18 mil hombres en lugar de 50, impidieron todo movimiento decisivo. Sin embargo de eso el ejército Prusiano continuó marchando hácia el centro, y se encontró el 20 delante de Longwy que es una de las plazas fuertes mas avanzadas de aquella frontera.

Dumouriez que siempre habia creído que una invasion en los Países-Bajos no podia menos de

hacer estallar una revolucion, la cual por sí sola seria una diversion bastante para salvar la Francia de los ataques de la Alemania, lo habia preparado todo para marchar adelante el dia mismo en que recibió su nombramiento de general en jefe de los dos ejércitos. Ya iba á tomar la ofensiva contra el príncipe de Sajonia Teschen, cuando Westermann, aquel mismo que anduvo tan activo el dia diez de agosto, y se hallaba de comisario en el ejército de Lafayette, vino á contarle lo que pasaba en el teatro de la grande invasion. El 22 habia abierto sus puertas Longwy á los Prusianos despues de algunas horas de bombardeo, habiendo sido la causa de ello el desórden de la guarnicion y la debilidad del comandante. Erguidos con aquella conquista y con la captura de Lafayette, estaban los Prusianos mas inclinados que nunca al proyecto de una rápida ofensiva; y quedaba perdido el ejército de Lafayette, si el nuevo general no venia á tranquilizarle con su presencia y dirigir útilmente sus movimientos.

Tuvo pues Dumouriez que abandonar su proyecto favorito, y el 25 ó el 26 se trasladó á Sedan, donde su presencia no inspiró por el pronto á las tropas sino ódio y vituperios, porque le miraban como enemigo de Lafayette á quien ellas todavía querian. Fuera de eso le echaban la culpa de aquella guerra desgraciada, porque en efecto se

declaró bajo su ministerio. Ultimamente porque era considerado mas bien como hombre de pluma que no de guerra. Aquellas hablillas circulaban por todas partes en el campamento, y no dejaron alguna vez de llegar á oídos del general, que no por eso perdió ánimo, antes bien principió por tranquilizar á las tropas afectando un continente firme y sereno, y no tardó en hacerlas conocer el influjo de un mando mas vigoroso. Mas no por eso dejaba de ser desesperada la situacion de 23 mil hombres desorganizados, en presencia de 80 mil perfectamente disciplinados. Los Prusianos despues de haber tomado á Longwy, habian bloqueado á Thionville y cargaban sobre Verdun, que era mucho menos capaz de resistencia que Longwy.

Habiendo Dumouriez llamado á consejo á sus generales, todos eran de opinion de que no convenia esperar á los Prusianos en Sedan, sino retirarse rápidamente detras del Marne y retrincherarse alli lo mejor posible para esperar la reunion de los demas ejércitos, y cubrir la capital, que no estaba mas que á 40 leguas del enemigo. Pensaban todos que esponiéndose á ser batidos por querer resistir á la invasion, seria entonces completa la derrota, y una vez desmoralizado el ejército, no pararia desde Sedan hasta Paris, á donde marcharian directamente los Prusianos á paso de carga. Tal era nuestra situacion mili-

tar y la opinion que de ella tenian los generales.

La que reinaba en Paris no era tampoco mas lisonjera, la irritacion se aumentaba con el peligro. Sin embargo como aquella inmensa capital no habia visto nunca al enemigo dentro de sus muros, y tenia una idea de su poder proporcionada á su estension y poblacion, dificilmente se figuraba que pudiesen llegar hasta su seno, y no temia tanto el peligro militar que estaba lejos de sus ojos, como el de una reaccion de parte de los realistas momentáneamente abatidos. Mientras que en la frontera no veían los generales mas que á los Prusianos, tampoco se veía en lo interior mas que á los aristócratas conspirando sordamente para destruir la libertad.

Se decian unos á otros que el rey estaba prisionero, pero que no por eso dejaba de existir su partido conspirando como antes del 10 de agosto para entregar Paris á los enemigos. Todas las casas grandes de la capital se les figuraba que estaban llenas de gente armada y pronta á salir á la primera señal á libertar á Luis XVI, apoderarse de la autoridad, y entregar la Francia sin defensa al hierro de los emigrados y de los coligados; de suerte que todos estaban preocupados con aquella imaginaria correspondencia entre el enemigo interior y exterior. *Es indispensable*, se decian, *acabar con los traidores*, y ya se formaba la horrorosa idea

de sacrificar á los vencidos, idea que en el vulgo no era mas que un movimiento de imaginacion, pero que en algunos hombres, ó mas fanáticos ó mas sanguinarios, podia convertirse en proyecto real y meditado.

Ya hemos visto que se habia tratado de vengar al pueblo de los daños recibidos en la jornada del 10, y que se habia suscitado una violenta disputa entre la asamblea y el ayuntamiento con ocasion del tribunal extraordinario. Aquel tribunal que ya habia derribado la cabeza de Dangremont¹⁷ y de Laporte, mayordomo de palacio, no caminaba tan de prisa como queria aquel populacho furioso y exaltado, que solo veia enemigos á su alrededor. Necesitaba formas mas rápidas para castigar á los *traidores*, y sobre todo demandaba el juicio de los que estaban presos en Orleans. La mayor parte de estos eran ministros y altos empleados, á quienes como ya dijimos, se acusaba de prevaricacion. De este número era el ministro de negocios estrangeros Delessart. No se hablaba de otra cosa mas que de la lentitud de los procedimientos, y se empeñaban en que se trasladase á Paris á los prisioneros para que les juzgase prontamente el tribunal del 17 de agosto. Consultada sobre ello la asamblea, ó por mejor decir intimidada que cediese al voto general espidiendo el decreto de traslacion, habia hecho una vigorosa resistencia; porque de-